

# EL PALACIO COLACHATIVO

Con cierta dificultad, he conseguido reunir este portafolio de dibujos de Gut, quien, además de ser mi primo por parte de madre, es uno de los espíritus más lúcidos en el área comprendida entre Ejido, Julio Herrera y Obes, La Paz y al sur el Río de la Plata. Con estas tres artísticas páginas, entiendo rendir un homenaje y al mismo tiempo un acto de desagravio, a los sacrificados hombres de nuestro Parlamento, tan vilipendiados a menudo.

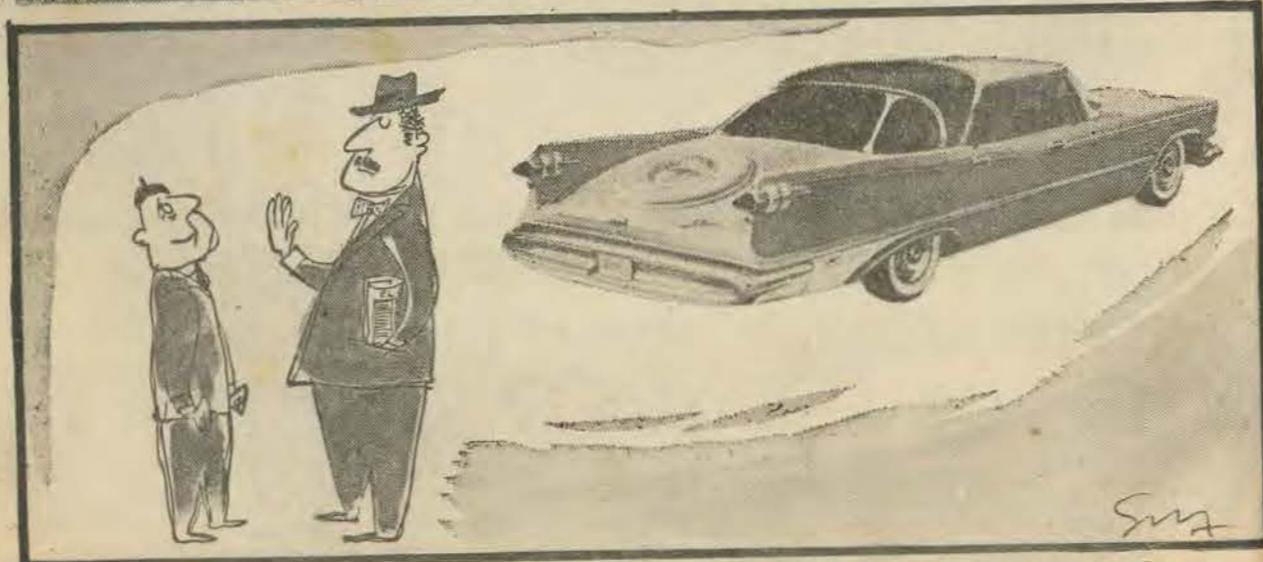
Confieso que, al revés de algunas coristas del Odeón, a mí no me rozan los generales de la ley, ni ninguna otra clase de militares, legales o golpistas. Cuando nací no tenía automóvil, me hice adulto sin automóvil, he entrado sin automóvil en la edad proveya y espero que mi entierro, dado el lógico encarecimiento de los combustibles en el próximo quinquenio, se realice en una carroza tirada por dos robustas y empuñadas yuntas de perros ovejeros, ya que los caballos, para esa época, habrán ingresado a la elevada categoría de conserva para la exportación. Es más: odio los automóviles. Detesto sus ruedas excesivas, su frivolidad, sus formas casi femeninas. Misántropo por naturaleza, no creo en las mujeres. Y los automóviles siempre me han parecido caprichosas criaturas femeninas, llenas de insinceras promesas. Odio las convertibles excesivamente descotadas y audaces, que pasan exhibiendo impudicamente sus encantos; las limousines negras y cromadas, como viudas misteriosas y lúbricas; las Isettas minúsculas, redonditas y apetitosas, que son tan insolentemente intelectuales como esas chiquilinas estudiantes de Magisterio habitúes del So-

rochabana, y que se despojan de la puerta delantera con el mismo ademán pedante y adorable con que ellas se quitan los lentes para preguntar al interlocutor: "¿Crees que el sexo es realmente importante?". Pero el que yo desprecie a las mujeres y a los automóviles, no me impide aceptar, defender y aun proclamar el derecho de algunos hombres excepcionales a disfrutar de ambos. Yo, Pio, de cincuenta y siete años, auxiliar 6º de la Dirección de Cementerios, Zona Pantanoso, con mi modesto sueldo de \$ 675 que me llena de legítimo orgullo, no tengo por qué ver las cosas de otro modo. ¿Qué haría con una viuda lúbrica y misteriosa? ¿Cómo hablar del sexo con una niña de pecho florido y anteojos de carey? ¿Con qué rostro sentarme al volante magenta de una coupé Impala 1960? Esas etapas superiores de la actividad humana quedan para las necesarias minorías selectas, para aquellos que, afortunadamente, todavía existen para guiar a todos los Pios del mundo y asegurar su felicidad actual, sus aumentos anuales con retroactividad al 1º de enero y su jubilación, más el condigno beneficio de retiro. Afirmando desde aquí que los automóviles deben reservarse (y garantizar plenamente su importación, disfrute y posterior traspaso, libre de impuestos suntuarios, nafta cara, absurdas patentes municipales y agraviantes trabas legales) para los hombres públicos, paradigma de los cuales es el espécimen llamado Legislador Nacional. A ese tipo representativo de nuestra cultura y de la civilización occidental, rindo desde aquí mi más afectuoso homenaje, mi más entrañable adhesión. Y no sigo, porque las lágrimas están corriendo por mis mejillas.





—Señores Legisladores:  
queda abierta la sesión de  
la Asamblea General.



—Le puse cristales negros porque me parte el alma ver a esos pobres niños desnutridos cuando voy al Cerro.



—¡No, Pérez, de ninguna manera! ¡No lo podemos nombrar aunque haya trabajado en el club, mi amigo! ¡O acaso usted quiere lucrar con la noble actividad política?